

Supervivientes del mar.

El arma que más usa el pulpo para cazar es la vista.

Y los nudibranchios son muy conspicuos.

Demasiados colores para sobrevivir, si no fuera porque muchos son tóxicos. Su refinado sistema de defensa llega al punto de almacenar las sustancias venenosas o urticantes de los animales que comen —como anémonas y esponjas— y lanzarlas después sobre sus depredadores.

Pero el pulpo tiene otros intereses.

No es un animal muy activo en la caza. Ante peces veloces nada puede hacer, salvo esperar que queden restos listos para ingerirlos sin perseguirlos. Y en esa estrategia, a menudo se convierte en presa.

Para un cefalópodo, encontrarse con un mero nunca es un buen augurio.

Los depredadores recorren los fondos marinos en busca de comida. Es la ley.

Y el pulpo tiene que acatarla. No hay crueldad. Solo es supervivencia.

Otra norma es guardar el botín en la guarida y no compartirlo.

Las redes tróficas están perfectamente ajustadas y se basan en el ciclo de la materia y el flujo de la energía, es decir, en comer y ser comido.

Pero la comida hay que ganársela o, como hacen los más pequeños, esperar los restos que otros ya no quieren.

Lo mismo ocurre con el espacio y los hábitáculos. Cuando un pulpo ha conseguido un gran plástico donde vivir, no tiene amigos ni colabora con sus congéneres; defenderá ese espacio y su hembra con todas sus estrategias. No tiene mérito ni moraleja; no hay voluntad en ello; es puro instinto.

Probablemente, ni siquiera es un comportamiento aprendido, sino inserto en la información genética de la especie; en la parte de la información que constituye una adaptación más eficaz al medio, es decir, a evitar los depredadores, a ganar a los competidores y a dominar a las presas.

La prueba de que las estrategias son eficaces y los comportamientos resultan adaptativos es que la especie existe. Los organismos que no estaban bien adaptados ya no están: desaparecieron bajo la presión competitiva.

La selección natural es un juego gobernado por el azar y la necesidad.

Solo que el ser humano es tramposo y no respeta las reglas del juego.

Los restos de un pez atrapado en las redes de una almadraba caen al fondo. ¡Buena suerte para este pulpo que andaba cerca y aprovecha ese maná caído del cielo. Ha encontrado comida sin esfuerzo ni lucha.

Hoy el azar ha hecho que sea un superviviente. Otro día, la necesidad de un pez puede hacer que sea una presa.

La ley se cumple; siempre.